

un síncope, sueño como esos que transportan los videntes á la eternidad cerúlea desde las realidades prosáicas del tiempo; y cuando despertó había compuesto, música y verso, la inmortal Marsellesa. Concluía de componerla casi, y estaba escrita ya la sublime letra, y tras la letra de un milagroso estro, anotada la correspondiente música. No brotó de la educación este divino coro, las ideas bebidas en el hogar de su autor fueron reaccionarias, al punto que su madre lo maldijo de muerte por la oda, sin saber que debía conseguirle á ella y valer á su hijo la inmortalidad; no brotó del fanatismo republicano, cuyo numen hablara por boca de Vergniaud y escribiera con pluma de Camilo; Rouget profesaba principios políticos moderados, los principios de Lafayette; no brotó de aquel magnetismo extendido en los clubs, que perturbaba las inteligencias, como perturban los imanes las rojas auroras del Polo y los cambios de líneas hemisféricas en el Ecuador, pues no poseía Estrasburgo estas asociaciones como las otras ciudades subvertidas; brotó del alma de Francia; por no decir más, por no decir del espíritu de la Humanidad. Solamente así explicarán las generaciones futuras que oda y canturía, hechuras de individuo, más bien solitario que comunicativo; depositadas en el seno de una modesta familia; compuestas más bien para recreo de una ciudad que para coro de una revolución, difundiese como reguero de pólvora sus acentos por toda Francia; suscitase tales sentimientos que las cantasen el héroe peleando y el mártir muriendo; renovara contra la tiranía y sus reyes los ejércitos de Salamina y de Platea; rompiera la recién hallada táctica de Federico y desconcertara los más fuertes y valientes soldados de la Europa monárquica; penetrara por las puertas cerradas de los santuarios y cayera sobre la roja esfera de los solios; arrojase al suelo instituciones seculares, y convirtiera en hombres siervos petrificados sobre su terruño, siendo ahora, hoy mismo, el himno universal y santo que cantan como un *Te Deum* todos cuantos pueblos trabajan, pelean, mueren, por la libertad y por la patria. Es el cántico de la Humanidad.



## CAPÍTULO DÉCIMO-OCTAVO

Los prodromos de la revolución republicana



NUMERABLES ideas difundidas en el espíritu público, pasiones agitadoras de los ánimos todos, efluvios despedidos por la filosofía y la ciencia, estéticos afectos despertados por las letras, electricidad comovedora que chisporroteaba, como una luz tonante, bajo dos formas, la material en los condensadores mágicos y cadenas eléctricas, mientras en los clubs y hojas volantes la espiritual, nunca se hubieran podido congregarse en torno de su núcleo y precipitarse con sus respectivos átomos acumulados á un etéreo centro, sin hecho capitalísimo que impulsó aquel rápido movimiento y determinó aquella maravillosa cristalización. ¿Cuál hecho fuera éste? Pues el manifiesto de Brunswick. ¿Quién escribiera el manifiesto de Brunswick? El caballero de Fersen, si queréis Calonne, mas por consejo é inspiración del caballero. ¿Quién era éste? Pues el servidor y amigo predilecto de la Reina desde su niñez. Dos proyectos de manifiesto hubo á la firma del general en jefe: uno templado, escrito por Limón, antiguo, aunque no constante, orleanista revolucionario, pasado á la emigración más transigente; y otro, furioso, dictado por el caballero de Fersen y por el ex-ministro de Hacienda Calonne, escrito, quien, después de haber perdido á la Reina con su gobierno desde las alturas del poder, la mataba con su defensa desde los abismos del destierro. ¡Cuán bien hacen los excelsos poetas dramáticos españoles poniendo en las exposiciones y entradas de sus dramas los horóscopos del desenlace, apercibido por una fuerza fatal é incontrastable, que supera en mucho y vence así la voluntad como la idea de

CAPÍTULO DÉCIMO-OCTAVO

los personajes! Aquellos dos hombres, Fersen y Calonne, perpetrando la hechura de un documento destinado á encender todos los combustibles hacinados en torno de la corona francesa por obra del tiempo y por obra del pensamiento, parecían dos ejecutores del destino. Mal de su grado en una ciega inconsciencia, creyendo defender y salvar á la Reina, sobre todo Fersen, hacían y continuaban la misma obra, en que se arruinó y se perdió la cuitada para siempre. Calonne sustituyó en su ministerio á Turgot un día para interrumpir la obra de progreso pacífico, por este grande pensador comenzada; y abrir la era de los gastos excesivos, de las deudas enormes, de los empréstitos temerarios, merced á lo cual pudo la Reina ofrecer sus églogas vivientes del Trianoncito á las damas y caballeros que la rodeaban; reunir en bailes, casi fantásticos, los nobles de ambos sexos con sus fortunas encima; sumar al palacio del Louvre y al palacio de Fontainebleau y al palacio de las Tullerías y al palacio de la Muette y al palacio de Versalles y al palacio de Trianon y á tantos otros palacios con sus respectivos jardines, el palacio de Saint-Cloud: simas, por donde cayeron los tesoros, cuya pérdida impuso la triste inevitable precisión de reunir en requerimiento de tributos ó servicios los Estados generales, quienes se transformaron en Asamblea Constituyente, que limitó la Monarquía, y siguieron en Asamblea legislativa que la humilló, y concluyeron en revolucionaria Convención que la descabezó. Fersen aun cooperara más al destronamiento de la Reina que Calonne mismo. Este la destronó mal de su grado, y mal de su grado la deshonoró aquél. Indudablemente la trágica genialidad antigua inventó los prototipos de aquellos personajes inocentes malheridos por el cielo con penas terribles como si fueran culpados. La inocencia bajo el castigo aumenta los efectos de atención é interés que inspiran. Antonieta y Fersen seguramente no faltaron á lo que debían, cada cual, en sus respectivas situaciones, á la conciencia y á la honra propias. Pero decidle á los murmuradores de oficio tal cosa y se reirán de vuestra irremediable tontería. Piensa mal y acertarás, dice nuestro refrán popular, siquier marre más en sus juicios la malicia que la candidez. En la pocilga llamada corte de Luis XV todo parecía verosímil. «Me han precedido más amantes en el manchado lecho de Madame Dubarry, decía Luis, que reyes en el secular trono de Francia.» Podrá salir honrada é íntegra una joven hermosa de un escandaloso burdel; pero ¿quién lo cree? Luego existían muchos factores multiplicados para traer el producto de la deshonor sobre Antonieta. La timidez psíquica y la imperfección fisiológica del Monarca no permitieron á éste llamarse verdadero marido sino bastante después de celebrado el matrimonio; y la lijereza y la gracia de Antonieta se permitió divulgar tal ayuno matrimonial forzoso diciendo entre burlas y risotadas á quienes la llamaban hermosa, cómo era una Venus sin Vulcano. Luego Antonieta y Fersen pusieron todas las apariencias del lado de todas las sospechas y alimentaron, como si adrede lo hicieran, la calumnia. Joven de veinte años; apuesto en su figura; con una corrección griega en sus facciones normandas que le atraía todas las miradas; aventurero cual suelen

serlo de suyo los oceánicos escandinavos por atávica gracia y por patricia educación; rico y noble, pues á una familia sueca pertenecía muy próxima de la familia real; pirateaba en los mares de las pasiones amorosas, al llegar á Versalles, donde apenas llevaba cinco años de residencia y habitación Antonieta; y encontrándola en una tertulia íntima, presentado por el embajador de Suecia, sintió hacia ella, desde que la viera, un verdadero culto, intenso por su naturaleza é inmortal por su duración, culto caballeresco y continuo, en el cual nunca hubo las máculas dichas por los enemigos de la Reina, pero sí hubo un carácter platónico tan señalado que las aventuras exóticas de Fersen se interrumpieron en lo más florido de su edad y nunca se prestó á contraer matrimonio, muriendo muerte violentísima y desdichada tres lustros después de la Reina con el recuerdo de ésta en la memoria y su amor en el corazón.

Así todo el mundo creía que si Fersen y Antonieta fueran libres cada cual por su lado de tomar ó elegir pareja, emparejaríanse por las afinidades misteriosas, que acortan las distancias y saltan sobre los abismos sociales. Y en prueba de ello, las visitas del conde sueco á Francia menudeaban mucho, y las correspondencias entre su persona y Antonieta no se interrumpían jamás por espacios de tiempo largo. Bien es verdad, y sea dicho en honor de Fersen, que las regias desgracias explicaron las caballerescas solicitudes y los enormes sacrificios. En cuanto los dolores de Antonieta comenzaron en la horrible adversidad llamada del collar, obtuvo Fersen del Rey de Suecia una embajada secreta, que dirigiese los negocios á espaldas del regio embajador Staël, nombrado por influencia de la entonces prometida, quien, bajo el apellido de madame Staël, tanto ilustró el nombre de su esposo, como con el nombre de señorita Necker, llevado de soltera, ilustró tanto el ya ilustre nombre de su padre. Y el caso aquel aparecía tan raro como iodos cuantos precipitaran al Palacio y á la corte y á la nobleza en el abismo. Staël aparecía embajador del Rey Gustavo junto á Luis XVI, y Fersen aparecía embajador del Rey Gustavo junto á la Reina. Mas el embajador de Luis representaba la revolución, muy adorada entonces por madame Staël, su esposa, y el embajador de Antonieta representaba la reacción, causa predilecta siempre del corazón de su real amiga. Este doble juego adolecía de un carácter tanto más triste, cuanto que por aquella sazón la Reina pudo salvarse, adoptando la evolución liberal, sostenida por la mujer del embajador verdadero, y huyendo á la reacción, representada por el embajador misterioso. Mas lo dispuso de otra suerte la Providencia. Fersen comenzó en vísperas del ochenta y nueve á urdir la coalición, en cuyas redes había de caer presa la Reina el año noventa y dos. Entre su romántico amor y los libros caballerescos inventados por su Monarca y señor Gustavo, habían de armar tal conjura europea que fuese víctima la regia mujer, desgraciada y hermosa, por quien los dos, en grado diverso, se interesaban. La única excusa de ambos encuéntrala en su buena fe la Historia bien informada. Pero había una imprudencia temeraria en conspirar contra Francia por los Reyes

de Francia; y había otra imprudencia temeraria en vivir como vivían, en aquel comercio y cambio de impresiones, en aquella intimidad, Antonieta y Fersen, para luego dolerse con duelos continuos y quejarse con quejas amargas de la murmuración. Veíaseles pasear solos bajo las alamedas de Trianón. Sabíase que Antonieta regalara un álbum dedicado con prosaicos versos suyos, al romántico caballero y cierta preciosa miniatura con su retrato. Esta grande afinidad, aunque fuera de las almas, contribuía mucho á emperrar á la Reina en sus ideas reaccionarias, á sugerirle una esperanza loca de que los Reyes extranjeros habrían de arrancar á las garras del pueblo francés su corona y su cabeza, terriblemente amenazadas. Sin la fuga de Varennes, el poder monárquico pudo salvarse modificándose, y en la fuga de Varennes intervino, como principal motor, el caballero de Fersen, imaginando que Francia era nada, y los Reyes todo, cuando Francia podía ser sin los Reyes y los Reyes no podían ser sin Francia. Esta horrible aventura separó al caballero de la dama, pues lo primero que hiciera el gobierno revolucionario con su romántico autor, fué prohibirle por siempre regresar á un territorio perturbado por sus conjuras y por sus empresas románticas. Entonces fué Fersen á Coblenza, donde continuó urdiendo la conspiración reaccionaria contra el pueblo, que tan cara costó al trono, y realizando viajes de novela, disfrazado de cualquier manera, con los cuales viajes daba otros tantos empujones á este maltrecho trono hacia el abismo. Quien viera en el florido Trianón reinando á tan hermosa mujer como Antonieta, sobre la Naturaleza y el Universo mismo; quien á los bailes de máscaras acompañó la temeraria beldad; quien gozó de su favor hasta constituirse como embajador secreto de su Rey junto á la Reina, creía, con razón y fundamento indudables, no merecer el dictado de gentilhombre, sino requería su tizona heróica y no dispendiaba sus tesoros heredados, en favor de una Reina, por la cual había sentido un amor verdadero, convertido poco á poco en verdadero culto, desde que á su corona real añadiera la perseguida y desgraciada su corona de mártir, que le daba un aspecto celeste.

¡Cuántos paralelos maravillosos la historia guarda y de cuál manera sirven á esclarecer, puestas enfrente las personas análogas, los espacios y los secretos del tiempo! Antonieta leía la historia de María Estuardo como Luis leía la historia de Carlos I. Y en la historia de María Estuardo, degollada, y en la historia de Carlos I, degollado también, obsérvase muy claramente que uno y otro estaban apercibidos y llamados desde su nacimiento, desde su respectiva generación casi, á los nefastos sendos destinos, bajo cuya pesadumbre los inmolaban sus implacables enemigos. Mucho hicieran uno y otro para preparárselos y para cumplirlos. Antonieta de Austria no supo nunca en su vida cuánto le dañarían las preferencias suyas por su imperial madre María Teresa; como nunca la Estuardo supo cuánto le dañarían las preferencias suyas por su madre María Lorena. Y las dañaban porque, Reina de su Francia la una, olvidó siempre que fué austriaca María Teresa,

como Reina la otra de su Escocia olvidó siempre que fué María Lorena francesa. Y Austria no podía querer el engrandecimiento de Francia, porque levantada una parte de su frontera sobre las orillas del Rhin, y estando estas orillas bajo su tutela imperial, le contrastaba su poderío mucho, como Francia no podía querer la prosperidad tampoco de Escocia porque consistía tal prosperidad en admitir con la revolución religiosa el ayuntamiento á Inglaterra, y Francia tenía que impedirlo. Imposible deducir la Escocia del siglo décimo-sexto por la Escocia del siglo décimo-nono. La Naturaleza eterna no habrá cambiado desde fines del siglo décimo sexto en Escocia mucho, pero ha cambiado la sociedad extendida en esta Naturaleza. Bramarán los mares del Norte por sus bravías costas; sobre los fundamentos de granito se levantarán colinas graciosas coronadas de bosques, verdes prados sostenidos por una humedad perpétua; el oscuro mezezo extenderá sus pirámides en las enriscadas breñas y el brillante roble sus metálicas hojas y sus graciosos ramajes por las suaves honduras; en el fondo de los valles se adormirán tranquilos y risueños los lagos, mientras allá en la cima de los montes se tenderán tenues y opaladas las nieblas, inspirando así melancólicos sonos á una música pastoril y esmaltes varios á una poesía fantástica. Pero si la Naturaleza material permanece inmóvil, en cambio el mundo social ha variado completamente. Nada entonces de las grandes ciudades que compiten hoy en hermosa con las mayores de Inglaterra; nada tampoco de la industria erigida por dos siglos seguidos de libertad y de trabajo; nada ciertamente de la cultura sobrepuesta en aquel suelo privilegiado por reveladores como Knox, por poetas como Byron, por novelistas como Walter Scott, por filósofos de la escuela escocesa, reinante muchos años con verdadero imperio sobre una parte considerable de la ciencia europea. Tierra boreal casi aquella isla del Norte; habitada por los pictos, parientes de los galos; inaccesible como todos los territorios montuosos á las extrañas irrupciones: habíase libertado así del yugo latino como del yugo sajón, y mientras Inglaterra caía en poder de los germanos primero y en poder de los normandos más tarde, sobrepuestos sucesivamente á la dominación romana, Escocia permanecía independiente y segura tras las tormentas de sus mares oscuros, tras los vapores de sus lagos múltiples, tras las soledades de sus landas desiertas y el velo de sus espesísimos bosques; dividida en tribus, las cuales se gobernaban patriarcalmente dentro de sí, á reserva de guerrear con las tribus vecinas, por virtud de lo cual conservaba el movimiento continuo de los combates en la inmovilidad sacra de las tradiciones y de las costumbres. Pasaba en Escocia por fines del siglo décimo-sexto exactamente lo mismo que pasaba por Francia en mediados del siglo último; parecía Versalles preservado del contacto con toda idea como parecía preservada Edimburgo también. Pero en Versalles entró la revolución económica, mucho antes que la política por medio de Turgot, y en Edimburgo la revolución religiosa, mucho antes que la revolución política, por medio de Knox.